

Esto es una cordial invitación a escuchar devotamente a un poeta que viene de recorrer un largo camino de experiencias y de hallar, en lo tradicional y en lo nuevo, en los ceñidos moldes clásicos y en los cambiantes ritmos creacionistas, su propia expresión lírica. "Los versos, ha dicho Rilke, no son, como creen algunos, sentimientos, son experiencias". Experiencias, desde luego, asimiladas, diluídas en recuerdos, hechas substancia del espíritu. Quien bebió la claridad de Garcilaso y la serenidad de Fray Luis, quien supo ver en Góngora la síntesis en que sutilmente se enlazan lo fantástico y lo real, tenía que comprender también — la poesía no tiene fronteras — al gran colombiano que se hizo eco, a este lado del mar, de aquellos cantos magníficos, plenos de ritmo, color y melodía.

Don Gerardo Diego, poeta tradicional y renovador a un mismo tiempo, fue quien llamó la atención del mundo culto, primero que otros, entre los críticos modernos, hacia la alta calidad poética del santafereño don Hernando Domínguez Camargo.

Era el año de 1927, centenario de la muerte del genio cordobés. Los poetas de habla hispana quisieron rendirle un homenaje digno de su fama y, encabezados por el autor de *Imagen*, *Manual de espumas* y *Versos humanos*, dijeron, en libros y revistas, palabras de honda comprensión que implicaban una revaloración total de su escuela. Quien hablará en seguida para ustedes publicó su *Antología poética en honor de Góngora* y dio allí lugar de preeminencia, junto a los grandes discípulos del autor de las *Soledades*, a nuestro Hernando Domínguez Camargo. Como en el verso del cantor ignaciano, supo "hablarle alto al olvido". Logró golpear duramente en los oídos cerrados por los prejuicios y las convenciones, para que se abrieran a un nuevo mundo de armonía; supo ver la trascendencia de las palabras y la transparencia de las imágenes de este olvidado émulo de Góngora y, gracias a tan sensacional descubrimiento, nadie con sensibilidad artística podrá hoy sustraerse a la magia poética del santafereño.

Por eso, el Instituto Caro y Cuervo, en cuyos programas de acción ocupa preferente lugar el empeño de acercamiento a las propias raíces de nuestra cultura, quiso dar al público una nueva edición del autor del *Poema heroico de San Ignacio* que fuera base segura para renovados estudios y más claros enfoques del humanismo colombiano. Y por eso ha sido grato para nuestra institución invitar a un maestro — maestro en Góngora y en Domínguez Camargo — a que disertase sobre estos gratos temas en nuevas vísperas de un homenaje al autor del *Polifemo*. Su voz continuará amaestrándonos para el disfrute del pleno goce estético. Guiados por su docta palabra aspiramos a penetrar en el esquivo universo poético del genio bogotano. Don Gerardo Diego tiene la palabra.

CONFERENCIA DEL DOCTOR EDUARDO SANTOS

El sábado 3 de diciembre de 1960, el ex-Presidente de la República doctor Eduardo Santos pronunció la primera de una serie de conferencias que habrán de efectuarse en el Museo Literario de Yerbabuena, por iniciativa de su Directora, doña Isabel Lleras de Ospina. El tema elegido para aquella ocasión fue Giacomo Leopardi, con cuya obra el doctor Santos tiene una larga familiaridad. La vida de sufrimiento

del poeta y el amor platónico como motivo esencial de su lírica fueron los puntos esenciales de la exposición, que publicaremos posteriormente. A la conferencia asistieron, a más del Director del Instituto, el señor Embajador de Italia, el doctor Ricardo Hinestrosa Daza, el ex-ministro doctor Germán Zea Hernández, los académicos don Luis Martínez Delgado, don Guillermo Hernández de Alba y don Bernardo J. Caicedo y otros intelectuales y amigos del doctor Santos, y los investigadores del Instituto.

Doña Isabel Lleras de Ospina inauguró el ciclo de conferencias y agradeció la amable colaboración del señor ex-Presidente con las siguientes palabras:

PALABRAS DE INTRODUCCION
DE DOÑA ISABEL LLERAS DE OSPINA

Fue propósito del Director del Instituto Caro y Cuervo y de las directivas de Yerbabuena desde que se pensó en la fundación de este Museo, que él no fuera únicamente el lugar donde se guardarán los muebles, los retratos, los manuscritos de los escritores colombianos, sino el sitio amable y acogedor donde se continuara la tradición de una manera efectiva, a donde pudieran venir los intelectuales a recordarnos las vidas y las obras de estos escritores o a tratar sobre los grandes temas de la literatura universal que fueron objeto de sus estudios y desvelos. Un salón en donde los artistas pudieran ejecutar sus conciertos ante un grupo de escogidos devotos; una casa en donde pudiéramos reunirnos los que aspiramos a que no se muera del todo en Colombia el arte de la conversación. En cumplimiento de este propósito comienzan hoy las conferencias de Yerbabuena y yo me siento particularmente orgullosa de que comiencen con ésta de Eduardo Santos, sobre Leopardi.

Leopardi ha interesado a varios escritores y poetas nuestros y sobre todo a Antonio Gómez Restrepo, quien hizo por primera vez la traducción completa de sus cantos líricos al verso castellano. Los originales de estas traducciones, por generosa donación de Lola Casas de Gómez Restrepo, constituyen uno de los tesoros de este Museo. No sé si después de Gómez Restrepo hayan intentado otros esa hazaña. Pero yo no voy a hablar aquí de Leopardi, ni de Gómez Restrepo, ni de Eduardo Santos, porque los tres me quedan grandísimos a mí; quiero eso sí hacer notar la importancia que tiene para Colombia el que un estadista, un periodista de vida tan agitada y tan múltiple como Eduardo Santos, que ha realizado una labor política de tanta trascendencia, haya dedicado muchas horas de su vida a estudiar a los grandes escritores y sea un especialista en Leopardi.

Los que asistimos a las conmemoraciones del sesquicentenario, a la sesión especial de la Academia de Historia y a las del Congreso de Academias, pudimos ver con satisfacción la altura a que se colocaron los colombianos en esas ocasiones, y fue para nosotros especialmente grato que los visitantes extranjeros escucharan a Eduardo Santos y a Alberto Lleras y se dieran cuenta clara de que los presidentes de Colombia son todavía hombres de pensamiento, escritores, oradores de altísima categoría intelectual. Yo pretendo que estas reuniones

de Yerbabuena no sólo sean muy agradables, sino muy importantes, y estoy segura de que así serán, porque los nombres de los conferencistas que han aceptado hasta ahora y de los temas que van a tratar no pueden ser ni más ilustres ni más interesantes: El profesor López de Mesa ha accedido a dejar por una tarde las importantísimas tareas en que está empeñado en beneficio del país, para venir a hablarnos sobre lo que él cree que son la verdadera novela y la verdadera poesía, y para hacernos ver el error en que caemos muy frecuentemente de confundir el verso con la poesía y la novela con el cuento largo o el relato; Monseñor José Vicente Castro Silva con una gentileza que no sé cómo agradecer, dejará también otra tarde su viejo claustro de Fray Cristóbal, para contarnos, de la manera que él sabe hacerlo, cómo era la Santa Fe que él conoció; Carlos Arango Vélez, nos dará un rato encantador con sus traducciones de Trilussa al lenguaje bogotano. Estas traducciones hechas con ingenio y gracia extraordinarios revelan una nueva fase de Arango Vélez que no conocíamos sino unos pocos amigos; y como las gentes y sobre todo los políticos de todos los países se parecen mucho, las fábulas del poeta italiano le vienen a Colombia como anillo al dedo; Luis Martínez Delgado va a comentar algunas de las cartas que él regaló para este Museo y que fueron del archivo de don Jorge Holguín; no sé cuáles piensa comentar. Hay una extraordinaria de Rubén Darío que caería admirablemente en el ambiente de Yerbabuena, y otras, no menos extraordinarias y que tampoco vendrían mal aquí, me refiero a las del doctor Núñez y a las de otros personajes que con él se relacionan. Una de ellas, por ejemplo, contiene la prueba definitiva y romántica de su evolución política; Eduardo Guzmán Esponda nos ha prometido otra tarde italiana. No sé si cumplirá su promesa; en el Colmac nos dejó metidos, pero también fue que en el Colmac López de Mesa le dijo que debía hablar sobre viejos personajes colombianos que él había conocido en la intimidad, naturalmente cuando era niño, y Guzmán, que está tan conservado, yo creo que resolvió no hacer la conferencia por razones de coquetería.

Aun cuando todavía no está arreglado el oratorio por falta de fondos, vamos a hacer, como es natural en Yerbabuena, el pesebre y la novena del Niño; yo tengo deseos de apostar aguinaldos con José Manuel Rivas a ver si por fin le ganamos la cuestión de límites. Creo que sí, porque José Manuel, a pesar de su juventud, tiene una caballerosidad de tipo santafereño que le ordena dejarse ganar de las señoras aunque no tengan razón.

La nómina de conferencistas que acabo de enumerar va a ocupar el primer semestre del año entrante, porque las reuniones de Yerbabuena serán cada quince días y, como he dicho, vamos a dedicar unas a la música y otras a la conversación. En materia de música tuvimos ya un concierto muy bueno, de música romántica que ejecutó un trío de médicos músicos, y vamos a tener uno extraordinario, de nuestra gran pianista Elvira Restrepo de Durana, también de música romántica; el Museo de Yerbabuena entre sus muchos nombres lleva el de romántico. Este concierto va a tener explicaciones especiales hechas por un especialista en cuestiones musicales: Gustavo Santos.

Y para terminar, quiero repetir a Eduardo Santos el agradecimiento del Instituto y del Museo por la generosa colaboración que nos ha prestado en todos los frentes, y agradecerle también, en nombre de todos los aquí reunidos, el que haya venido esta tarde a Yerbabuena para darnos el placer de escucharlo.